

Augusto CASTRO, *Filosofía y política en el Perú. Estudio del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Víctor Andrés Belaunde*. Lima: PUCP, 179 pp.

Victor Samuel RIVERA
Universidad Nacional Federico Villarreal

Es conocida la falta de interés que despierta la filosofía peruana y latinoamericana en general en el ámbito académico de la universidad privada. Este fenómeno ocurre en grado tal que la mediación institucional del trabajo sobre el pensamiento filosófico del Perú parece, o bien ser la carga privilegiada de las universidades públicas, o bien el cometido académico de los departamentos de Historia⁹. Esto revela dos presupuestos, uno fáctico, otro disciplinario. El primero es la (sin más falsa) idea de que la materia no existe (no hay filosofía en el Perú); el segundo es que, si el Perú puede alguna vez ser objeto de pensamiento filosófico, lo sería desde un ángulo independiente al de la propia tradición del país. El corolario de ambos supuestos es también doble: 1. Los filósofos no nada substancial tienen que reflexionar sobre el Perú (en la realidad) y, por ende, no son concernidos sino por los problemas que se dan por verdaderos en una perspectiva cosmopolitana donde sólo por accidente (si cabe), los problemas filosóficos resultan ser alguna vez los problemas del país¹⁰; los problemas filosóficos parecen, antes que cuestiones humanas, meras dificultades técnicas para entender, digamos, a Husserl. 2. Pero imaginemos que los filósofos reconocen algo como un genuino problema (del Perú): Entonces es a costo de rechazar su problematización filosófica; en lugar de elaborarlo en el pensamiento, los

9 Cfr. la tesis de Cambridge de Ricardo Cubas sobre el 900 *Rediscovering the Peruvian Culture. A study of the intellectual influence of Francisco García Calderón and the generation of 900 in the Peruvian political debate during the early twenty century* (Tesis para el grado de maestría). Cambridge: Center of Latin American Studies, 2000, un repaso de las ideas de la generación del 900. Cubas, ex alumno de la Pontificia Universidad Católica es, notoriamente, historiador y no filósofo.

10 Cual es, por ejemplo, la postura del filósofo liberal Giusti, Miguel; «La irrealidad nacional». En: *Boletín del Instituto Riva Agüero*, N° 18, 1991, pp. 91-106.

filósofos coordinarán con fotógrafos y publicistas; razonarán con imágenes en lugar de hacerlo con conceptos, como debería ser su trabajo¹¹.

Veamos los inconvenientes de los presupuestos antes esbozados. Si los filósofos son convocados por el destino a apropiarse de las urgencias políticas, ¿qué cabe esperar de ellos? Existe la tentación de sentirse cómodos reflexionando sobre el Perú sin conocer su pensamiento, desde el punto de vista internacional, que habremos de suponer el punto de vista auténtico de la racionalidad humana: Ya Cosmópolis tiene respuestas para todo, y nosotros las aplicamos. Los presupuestos de la prensa del Globo sancionan el tribunal de la crítica. ¿No es esto, sin embargo, ya un problema? Víctor Andrés Belaunde llamaba a esto anatopismo, esto es, pensar desde ninguna parte¹². No es esto sólo un asunto filosófico, sin embargo, sino una grave cuestión política que afecta la mediación institucional de Perú y cuya tendencia, por desgracia, y en virtud de los poderes fácticos de la globalidad de la tecnociencia, es a radicalizarse¹³. Y el pensar sin lugar, ¿es genuinamente pensar? Largos son los debates sobre la autenticidad del pensamiento en América Latina. No importan mucho, sin embargo, si uno se abstiene de estudiar a la América Latina. No olvidemos, sin embargo, a la universidad pública, cultora del pasado y la tradición nacional, en torno de la cual se ha desarrollado hasta ahora virtualmente todo el trabajo de historia del pensamiento filosófico del Perú¹⁴. Sin duda cae fuera del cuestionamiento anterior, pero carece de los recursos de poder que se exigen en un país excluyente

11 Un caso notable cuya excepción confirma lo que venimos diciendo es el trabajo de Rose-Mary Rizo-Patrón que, en su momento, aportó perspectivas filosóficas para la elaboración filosófica del terrorismo comunista del que era víctima el Perú en la década de 1980. Rizo-Patrón, Rose-Mary; *Fundamentalismos y crisis de fundamentos*. En: Boletín del Instituto Riva-Agüero, N° 18, 1991, pp. 69-89.

12 Para el pensamiento de Víctor Andrés Belaunde cfr. el estupendo trabajo de Santiviáñez, Martín; *El concepto de peruanidad en Víctor Andrés Belaunde*. Lima: Universidad de Lima, 2003, 193 pp. Por paradójico que parezca, la Universidad de Lima, que carece de estudios de filosofía, ha producido varios textos de historia del pensamiento político en el Perú, aunque en la Facultad de Derecho, entre ellos una tesis de Fernán Altuve-Febres sobre el período monárquico y otra de Luis García-Corrochano sobre las ideas políticas del Marqués de Montealegre de Aulestia.

13 Esta perspectiva siniestra ocluye el pensar en los márgenes de la fábrica; dicho de otro modo, hace que la fábrica sea la depositaria del pensamiento y el filósofo, en cambio, el mero obrero de la fábrica.

14 En términos generales, es señero el trabajo de Salazar Bondy, Augusto; *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima: Moncloa Editores, 1965, 2 t., obra acerca del pensamiento en el Perú republicano y que, al menos en teoría, debiera

para participar en la toma de decisiones que remediarían los no tan hipotéticos males que hemos esbozado. La universidad pública, además, interactúa poco con la privada, con lo que los aspectos positivos de la reclusión en la universalidad son acentuados por la incomunicación. La cortesía no permite que nos atrevamos a decir aquí a causa de qué se debe esto. Éste es el escenario presente de la reflexión filosófica del Perú¹⁵.

Augusto Castro, autor de varios libros¹⁶ y profesor representativo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, es la vanguardia de la contracorriente anatópica en las universidades no públicas que se dedican a la enseñanza de la filosofía y, sin duda, en lo relativo al tema de los estudios históricos del pensamiento peruano resulta siendo, esperamos, el iniciador de una corriente rectificatoria de interés por el pensamiento peruano a la que se unirán quizás algún día otros investigadores¹⁷. Para comenzar, el autor vincula filosofía y política en el Perú; esto presenta un mérito peculiar que debe ser destacado: La obra de Castro no es un libro ideológico, sino histórico (p. 15); en este caso, entendemos que de historia de las ideas en la filosofía política¹⁸. A diferencia de lo que nos tiene acostumbrados la bibliografía peruanista más exitosa (y de mayor calidad) de los últimos tiempos¹⁹, Cas-

referirse al conjunto de las ideas y no sólo a las ideas filosóficas. Inspirada por la escuela de José Gaos, esta obra ha sido continuada fundamentalmente por David Sobrevilla (hoy en la Universidad de Lima), María Luisa Rivara de Tuesta y José Carlos Ballón, sucedidos por diversas generaciones sanmarquinas en la más extensa variedad de temas. En la actualidad, en esta clase de estudios, pero en particular en filosofía política, debe mencionarse a Roberto Katayama, Eduardo Hernando y a mí mismo, que derivo a la historia de los conceptos. No considero aquí a historiadores o sociólogos, cuyo aporte es muy significativo, curiosamente, para la propia filosofía.

15 Para el tema general de la filosofía reciente en el Perú cfr. Sobrevilla, David; *La filosofía contemporánea en el Perú. Estudios reseñas y notas sobre su desarrollo y situación actual*. Lima: Carlos Matta Editor, 1996, 502 pp.

16 El más difundido es *El Perú: ¿Un proyecto moderno?* Lima: PUCP, 1993, un ensayo cuyas críticas de prensa comparto, de tal modo que cualquier frase al respecto sería una reiteración innecesaria.

17 Sólo estoy considerando textos impresos. Entiendo que hay filósofos interesados en el pensamiento peruano fuera de la Universidad de San Marcos, pero es obvio que sólo puede juzgarse la obra efectivamente escrita.

18 Con toda certeza no es un libro de sociología, ni de historia, pues no se trata de procesos sociales en parte alguna, sino sólo de análisis de textos.

19 Por ejemplo, la admirable obra de Carmen McEvoy *La utopía republicana*. Lima. FCE, 1997 o el no menos conocido Aljovín, Cristóbal; *Caudillos y constituciones*. Lima: IRA-FCE, 2000, ambos textos de historia de las ideas políticas en el Perú de calidad académica innegable.

tro no reflexiona sobre el pensamiento del pasado para darle significado a una narrativa de la ideología contemporánea sobre la ciudadanía y los derechos²⁰ (un procedimiento ilícito al que, además, con tanta ligereza se prestan hoy los historiadores); en lugar de esto, tal vez en el extremo contrario, se limita al modelo de exposición abreviada de las declaraciones de los propios autores seleccionados. La ventaja de esto, sin duda, es que descongestiona la carga normativa de la lectura del pasado que el pensamiento único ha hecho tan popular y que, como ha hecho notar Todorov, conduce a la utilización del pasado mismo como un modo de hacer incuestionable el presente; no sólo eso, santifica el presente como indigno de crítica, o desplaza la crítica a quienes, si acaso, son incapaces de defenderse²¹. La valoración feliz del presente no tiene nada de malo en sí misma; como un hecho fáctico, hubo nazis o comunistas en sus sociedades que fueron felices y que con gusto hubieran leído crónicas que les relataran que todo el pasado era el anuncio de su propia perfección; en un estudio académico carente de la suficiente rigurosidad, esto es una amenaza contra la racionalidad de la historia y conduce, sin duda, a un uso perverso de la misma, como señalaba ya con crudeza Nietzsche en su *Segunda Intempestiva*. Es preferible una historia no ideológica mal documentada a una muy documentada manipulación de la historia. Es un mérito que Castro no haya sucumbido a esta tentación. Del lado de las desventajas del modo de trabajo seguido por Castro, éstas de-

20 Afirma el autor, sin embargo, haber padecido la tentación de hacer el recorrido ideológico pues dice, refiriéndose a su propia investigación: «al inicio se intentó ingresar a la discusión actual entre Estado y sociedad civil y abordar la lucha por los derechos civiles, la construcción de la ciudadanía y la democracia» ya que eran temas de «vigente actualidad». Por suerte para los estudios históricos, reconoce Castro que «los temas de la época eran otros» (p. 15). Una lección de honestidad contra el delirio narcisista del «pensamiento único».

21 Dice sabiamente Todorov que hay una «razón para preocuparse por el pasado» y «es que ello nos permite desentendernos del presente, procurándonos además los beneficios de la buena conciencia. Recordar ahora con minuciosidad los sufrimientos pasados, nos hace quizá vigilantes en relación con Hitler o Pétain, pero además nos permite ignorar las amenazas actuales»; agrega que «Denunciar las debilidades de un hombre bajo Vichy me hace aparecer como un bravo combatiente por la memoria y por la justicia, sin exponerme a peligro alguno». Cfr. Todorov, Tzevan; *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000, pp. 52-53. En nuestra materia esto se agrava si entre las figuras históricas los filósofos (los propios filósofos del país, en este caso, del de Pétain) son parte más bien del olvido, sistemático y popular. Entonces, cualquier apelación a la memoria en este contexto (incluso a la buena memoria) carece del fondo de pasado que da lugar en ella a los filósofos.

penden de los procedimientos que se siga en cada caso y nos ocuparemos de ello acto seguido. De hecho, este aspecto es el centro de la presente reseña.

El autor, como indica el título de su obra, ha hecho un «estudio» de la «filosofía y política en el Perú» seleccionando a quienes, más o menos explícitamente, se reconoce como los orientadores ideológicos de las diversas posiciones políticas aún «vigentes» en el Perú (p. 14). Es bien sabido que éstos son Víctor Raúl Haya de la Torre, para el Partido Aprista Peruano (hoy en el poder) y sus diversas variantes, José Carlos Mariátegui para la antigua izquierda socialista y comunista y Víctor Andrés Belaunde, inspirador del Partido Popular Cristiano, Acción Popular y sus respectivas variantes de la derecha católica reformista. La perspectiva de selección de los autores es, como se observa, pragmática; no se ha elegido a estos pensadores por criterios filosóficos, sino por su vínculo con las fuerzas políticas aludidas y las innegables consecuencias políticas de éstas en la historia política peruana (pp. 14, 168), por lo que Gadamer (y no Castro) llamaría su «eficacia histórica»²². Este criterio justifica la exclusión de autores que podrían haber sido más interesantes, o más filosóficos; la ausencia de autores que hubieran sido influyentes en este sentido en el pasado, pero no en el presente (como Augusto Salazar, ideólogo de la dictadura militar de 1968 o el Marqués de Montealegre de Aulestia, el pensador de la derecha reaccionaria peruana del siglo XX). Este criterio, desgraciadamente, no afirma nada sobre la selección del material escogido para el «estudio», pues la eficacia histórica habla aquí del autor, mas no de sus obras. Resulta simplemente una sorpresa que Castro haya tomado como motivo de su trabajo a veces unos cuantos artículos sueltos de época temprana (pp. 49-56) en contraste con un libro dos décadas posterior (el caso de Haya), una colección de ensayos de prensa sin atender

22 La «eficacia histórica» es un concepto que Gadamer aplica a la comprensión de la racionalidad desde la radicalización de la conciencia de la finitud; es la conciencia histórica que se sabe además concernida por el acontecer y dependiente de éste en su acercamiento comprensivo al material histórico, de manera tal que es rebasada en su propia posibilidad. En este caso, significa reconocer que los conceptos elaborados por Belaunde, Haya o Mariátegui no son independientes de nuestro propio ser como intérpretes de la historia del pensamiento peruano. Sin duda, enfocar de esta manera las cosas es un inmenso mérito de Castro, pues implica, entre otras cosas, admitir el carácter otro de lo que los autores involucran más allá de lo que el propio Castro (o yo) estemos dispuestos a aceptar. Cfr. Gadamer, Hans-Georg; «Retórica, hermenéutica y crítica de la ideología. Comentarios metacríticos a Verdad y Método I» (1967). En: *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme, 1992, pp. 238 y ss.

a la fecha de su composición por separado (Mariátegui) o haber elegido como exposición del pensamiento del autor el resumen de un solo libro sobre una obra tan vasta que su publicación íntegra tomaría innumerables tomos, lo que se agrava con una vida prolongada y compleja de su autor, que hace académicamente inaceptable el resumen del dicho libro como la exposición de su pensamiento (Belaunde). Las obras son *Espacio-Tiempo Histórico* de Haya, *Defensa del marxismo*, de Mariátegui y la *Síntesis viviente* de Belaunde.

Debemos acotar que buena parte del desconcierto procede del título, que sin duda sugiere un estudio comparado de los tres autores y no lo que simplemente se presenta: Tres monografías sobre autores peruanos, claramente las tres el resumen (no siempre detallado) de un libro (o una compilación en forma de libro). Desde este ángulo, sin duda el libro puede ayudar, por ejemplo, para la didáctica, al aliviar la lectura completa de las obras, aunque es notorio que a veces los propios autores no requieran de auxilio semejante, como es ostensible el caso en Belaunde y Mariátegui. En el caso de este último, por ejemplo, Castro resume los ensayos de prensa dedicados por el autor al pensamiento reaccionario en 14 páginas (cfr. pp. 80-94); Mariátegui mismo usó 40. El resumen, pues, tiene el 40% de la dimensión del original y alivia, por lo tanto, bastante poco.

No es posible comprender la selección de los textos por su difusión o por su influencia específica, que Castro explícitamente niega ya que, en sus propias palabras, trabaja con obras «que no han sido lo suficientemente resaltadas en su originalidad, y muestran un pensamiento propio y universal» (p. 15). Ahora bien, si el criterio de selección de los autores fue su eficacia histórica, ¿no era esperable que el de sus obras siguiera la misma pauta? Entonces la selección debería haber apuntado con certeza a *El antiimperialismo y el APRA* de Haya, los *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui y, con un margen mayor para la crítica, a *Peruanidad* de Belaunde (cfr. p. 17). Como es bien sabido, son esos tres libros (y no los adoptados por Castro) los que son eficaces históricamente, esto es, los adoptados por los partidos políticos, por los grupos terroristas marxistas, las dictaduras y los difusores ideológicos del pensamiento demo-reformista católico en el ámbito político. Quiero señalar que hay en esto una manifiesta contradicción: Castro apela a criterios de selección de las obras que son incompatibles entre sí. En efecto, o bien se selecciona una obra para resumir por su eficacia histórica, o bien por su originalidad y porque padece el descuido de los lectores, en cuyo caso es evidente que la obra seleccionada es ineficaz históricamente. Volvamos a la justificación del autor: Éste ha elegi-

do obras menos trabajadas y menos conocidas porque reflejan de manera más clara la «originalidad de lo que los autores pensaban» (ibid.). Esta suposición es académicamente muy discutible y, como sabemos ya, lo es históricamente aún más, justamente por el argumento en torno a la eficacia. En cualquier caso, el autor debía haber demostrado antes que éste es el caso, esto es, que su selección de obras muestra a los autores más «originales» de lo que son leyendo sus obras más básicas o repasándolas todas para lo cual debía, además, haber redactado un «estudio» que hiciera plausible el aserto. Castro se limita a un argumento que es, sin más, una petición de principio: «nos parecen profundamente originales y son para nosotros, motivo suficiente de análisis» (p. 15), esto es, son «originales» y son elegidas, al final, porque eso le parece así al investigador.

Para comprender esta observación basta comparar su obra con un texto análogo y relativamente reciente de Karen Sanders exactamente sobre el mismo tema, felizmente famoso y difundido, y que Castro no cita nunca, ni siquiera en la bibliografía secundaria (una cortesía que Karen Sanders realmente se merece)²³. Un excursus: Es sorprendente que en esa sección tienen un lugar holgado las compilaciones de artículos informativos de filosofía política del neomarxista argentino Atilio Boron²⁴ y que, por más esfuerzo que hacemos, no vemos qué vínculo tienen con el tema del que aparecen como «bibliografía» (p. 177). De hecho, no son bibliografía de nada que haya en el libro que Castro ha escrito. Es verdad que el autor se excusa de no utilizar bibliografía aparte de la de los autores mismos que resume (p. 168, con argumentos que, por indiscernibles, omitimos comentar), pero si ha de dedicar una sección de su libro a la bibliografía secundaria y aparece Boron pero Sanders no, esto plantea la profunda pregunta de qué hace Boron ahí, ya que alguna razón debe haber para haberlo honrado de un modo que a Sanders se le ha negado. Lo mismo, por ejemplo, acontece con el famoso libro sobre Mariátegui del (ex) Padre Diego Meseguer²⁵, posiblemente el me-

23 Cfr. Sanders, Karen; *Nación y tradición, cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima: FCE, 1997.

24 Como podrá comprobar el lector, los textos de Boron son simples compilaciones de textos generales y cortos, sin pretensiones de originalidad, pensados para uso didáctico y con saltos temáticos a veces arriesgados y violentos. Castro cita los cuatro manuales de Boron que conocemos, uno tras otro, de un total de 40 textos, incluidos los artículos breves y folletos, esto es, el 10% del total de los textos consignados.

25 Meseguer, Diego S.J.; *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*. Lima: IEP, 1974.

jor en su género que se hubiera escrito y publicado hasta la fecha de composición del texto de Castro y cuya ausencia, en cambio, es compensada por artículos sin mayor relevancia que nos abstenemos de citar. Tampoco cita en la lista de Boron los invalorable aportes de G. Rouillón sobre Mariátegui, que son famosos²⁶. No dudamos de que Castro conoce esta bibliografía secundaria elemental (puesto que conoce los artículos menos relevantes que ella) y de que la ha frecuentado con esmero y solvencia académica. El caso de Belaunde, el autor más desatendido de la trilogía es considerablemente más grave y de Haya de la Torre resumimos en lo mismo. Pero volvamos ahora a Karen Sanders.

Como es bien sabido en la literatura de historia de las ideas políticas del Perú, Sanders también, como Castro, efectúa un trabajo sobre varios autores que, para nuestra perplejidad, son los mismos que el autor que comentamos, más dos más, el anarquista Manuel González Prada y el conservador liberal Francisco García Calderón. La diferencia estriba en tres aspectos: El primero es que la exposición del pensamiento de los autores va precedida por 100 páginas de reflexión sobre el concepto de tradición y nacionalismo, justamente, por cierto, bajo el trasfondo de la eficacia histórica que, sin dificultad, hemos comprobado que Castro presupuso como referencia²⁷. Es porque los cinco autores que Sanders selecciona han sido eficaces en la historia política peruana del siglo XX que se hace un estudio de su pensamiento precedido de un examen (enjundioso, por lo demás) de la idea de tradición, para luego adjudicársela acoplándola a los modelos de pensamiento que cada uno representa. El segundo es que la autora de ninguna manera se arredra, ni ante la a veces copiosísima bibliografía secundaria precedente (Mariátegui) ni ante el hecho factual de dirigir el análisis a las obras «eficaces». El tercero, en nuestra opinión el determinante, es que Sanders ofrece todo el trabajo histórico que un observador externo exhaustivo y poco complaciente (cual es nuestro caso) esperaría de un «estudio del pensamiento» de cinco autores, tanto para la exposición de los autores como para su contexto socio-histórico y político²⁸. Los reseñados por Castro, que son sólo tres, a pesar de haber sido sometidos a un ideal de trabajo aparentemente ligado a la «objetivi-

26 Que omite Rouillón, G.; *La creación heroica de José Carlos Mariátegui: La Edad de piedra, 1984-1919*. Lima: Arica, 1975, pase, pero no ya olvidar la inapelablemente célebre *Bio-Bibliografía de José Carlos Mariátegui*. Lima: UNMSM, 1963.

27 Cfr. Sanders, op. cit. pp. 31-122.

28 Ibid. parte II.

dad» (p. 18) y dependiente de las cosas mismas, hace aparecer a los pensadores casi sin contexto, sin ninguna precisión cronológica (las fechas no son el fuerte del libro, remito a la fuente) e, incluso, habrá que decirlo de una vez, sin evolución (ya que sin fechas), como si las obras resumidas hubieran sido creadas de la nada, carecieran de historia y fueran conceptualmente anatópicas (¡y como si eso no fuera problema!). Nada hubiera costado, al menos, una breve historia de 4 páginas en cada capítulo explicando el contexto de la obra específica. Y el problema derivado de su ausencia puede ser tremendo.

Como muestra un botón: El Belaunde de Castro nunca fue filofascista, por ejemplo, pero un estudio serio, interesado en la eficacia histórica del pensamiento de un filósofo, no puede prescindir de eso, ni menos hacer de cuenta que es inexacto (p. 151). Se trata de un tema que no sólo se puede verificar con la compilación al respecto -tan famosa, pero que tampoco aparece en la bibliografía- de José Ignacio López Soria²⁹, sino leyendo al propio autor en su correspondencia con su íntimo amigo, el Marqués de Montealegre, disponible a mano alzada en el Instituto Riva Agüero³⁰, que es la institución peruanista de cuyo auspicio ha sido posible la composición de la obra (p. 15). Para Castro el «estudio del pensamiento» de Belaunde parece prescindir de ese detalle. Nosotros creemos que este tipo de incumplidos a la memoria afecta gravemente, para comenzar, el objetivo explícito y reconocible del propio autor, que es la comprensión histórica de los textos «objetivamente» (p. 18). Por ejemplo, en este caso ese proceder oculta los orígenes y parentescos nacionalistas y fascistas de la genealogía del concepto que Belaunde tenía de la peruanidad y que es un derivado del pensamiento nacionalista conservador. Belaunde no fue fascista, pero Mussolini le era realmente muy simpático³¹, y de él procede una defensa del corporativismo en la que fue

29 Cfr. López Soria, José Ignacio; *El pensamiento fascista*. Lima: Mosca Azul, 1981, 254 pp.

30 Cfr. para la correspondencia política entre Montealegre y Belaunde, Riva Agüero, José de la; *Obras completas. Correspondencia*. Lima: Instituto Riva Agüero, t. XIII-2. Por obvias razones de espacio, omitiré dar citas expresas de esto.

31 Creo obligación moral poner en conocimiento de los lectores el siguiente fragmento de carta de Belaunde al Marqués de Montealegre en 1939, sólo a manera de ejemplo: «Te envío mis más calurosas felicitaciones por el éxito de tu viaje que sé por Belén. Vas a llegar a Europa cuando se consolide el triunfo de Franco. Ya podrías imaginarte la exaltación que nos han producido los últimos triunfos nacionalistas. La España Azul será una gran potencia y Dios quiera que Inglaterra siga con la política de inteligencia con Italia y Francia cambie su régimen y haga a Italia las concesiones justas sobre Djibouti». Carta del 20 de enero de 1939. En Riva Agüero, op. cit. t. XIII-2, p. 497.

también adherente el Marqués de Montealegre, su amigo, que murió en 1944 rezando por Roma³².

Obviamente, la lectura de la *Síntesis viviente*, impreso después de la Segunda Gran Guerra, en que los nacionalismos fueron derrotados³³, viene a significar una reelaboración de nociones cuyo contexto conceptual estaba impregnado por el fascismo, y peculiarmente por el régimen nacionalista italiano, que tanto Belaunde como otros de su círculo elogiaban contra el liberalismo político. Es necesario anotar que Belaunde, además, era partidario de algún tipo de ultramontanismo, no muy moderado, lo cual explica buena parte de su concepción política respecto de la Iglesia como instancia de universalidad (Castro trata el asunto en las pp. 155-161, aunque se cuida de no hablar del ultramontanismo). Estas son cuestiones históricas, y el que se las omita es una injusticia para el pensamiento histórico. Al parecer, a Castro el fascismo le parece impresentable, al extremo de tratarlo peor que al nazismo (p. 151), contra el que Belaunde, en cambio, se situaba como objeto³⁴; de esto no se deduce que Belaunde no fuera favorable a Mussolini y, lo que es más importante, tampoco impide que el esquema nacionalista siga presente en el pensamiento recargado del Belaunde posterior a 1945. Pensar los libros sin contexto es, justamente, a-histórico en la misma escala que las historias narcisistas que narran el pasado como la lucha por la ciudadanía y los derechos, como si los conceptos fueran intemporales y las complacencias del presente pudieran suprimir el pasado y su vigencia. Pero esta vigencia es, además, su eficacia histórica, y lo es en el sentido más eminente de la expresión, pues constituye su comprensión y es también, por ello, su racionalidad y, en última instancia, su verdad. Podríamos haber tratado la forma en cómo se presenta a la Unión Soviética desde el punto de vista de Haya o la manera en cómo se sustrae de contexto el debate contra la filosofía reaccionaria en Mariátegui, pero el espacio disponible no nos permite colaborar con el profesor Castro a esos respectos.

Para terminar, es importante tratar un tema que constituye un subtexto fundamental en la obra de Castro, que es la concepción que los tres autores

32 Cfr. su «Documento suscrito por un grupo de católicos peruanos, entre ellos Riva Agüero» (1944). En: *Afirmación del Perú*. Lima: PUCP, 1960, t. 2, pp. 134-135.

33 Belaunde, Víctor Andrés; *La síntesis viviente*. Madrid: Cultura Hispánica, 1950 (el autor, Castro, jamás cita el original de los libros que ha resumido).

34 Para Belaunde hay que «liberar a Mussolini de Hitler que representa el otro frente del mal». Cfr. Belaunde, carta citada, *ibid.*

seleccionados y sus obras tienen de la modernidad. El propio autor reconoce que es una cuestión trascendental (p. 168); en efecto, para cualquier lector no muy distraído de Haya, Mariátegui y Belaunde es obvio que hay una relación tensa entre su pensamiento y la modernidad al extremo, incluso, de que puede afirmarse, como parece insinuar el autor, que llegan a situarse en una hermenéutica que la tiene por núcleo³⁵. Esto se confunde con un fuerte y reiterado recurso a filosofías como el voluntarismo, el pragmatismo y el vitalismo, que Castro menciona siempre de modo extraordinariamente genérico, sin remisión a fuente alguna, sin especificaciones de tiempo o evolución en las obras que hacen de horizonte de inteligibilidad a los libros resumidos. Se trata de un tema significativo, pues tanto la filosofía de la historia de Haya como los libros resumidos de Mariátegui y Belaunde tienen sentido en un contexto general de corrientes de pensamiento contramodernas y antimodernas, antiburguesas y contestatarias contra la *koiné* liberal positivista de la *Belle Époque*, tanto en el sentido político como en el epistemológico de esas expresiones, lo que obedece a un parentesco contextual en la historia de las ideas de fines del siglo XIX³⁶. El tema es lo suficientemente serio como para ameritar un auténtico estudio de fuentes, del que no hay el menor asomo en el libro de Castro, y que se hace más grande en tanto el autor lo promete (p. 19) e incluso casi lo concluye³⁷. Como sea, del voluntarismo, el pragmatismo, el relativismo o el vitalismo, sin indicadores apropiados ni referencias de contexto, no quedan sino meras palabras; Castro se refiere así a un cierto «élan» o «clima» de «corrientes vitalistas» (pp. 26, 42, 46, 51, 107). La referencia insustancial da la impresión de que el autor se hubiera limitado sólo a entresacar los nombres de los libros abreviados, cosa que, por

35 El autor lo dice en términos bastante más sencillos, que nos sentimos en el compromiso de reproducir: «Todos reconocen la modernidad, como reconocen la Reforma y la Revolución Francesa, pero efectúan diversos balances sobre ella» (p. 168).

36 He tratado de esto en relación a la filosofía política de Francisco García Calderón bajo el supuesto de que, si la coincidencia es correcta, los diagnósticos son también vigentes, incluso si la suerte de la contramodernidad no es hoy tan afortunada como en 1900. Cfr. mi «Autocracia republicana clerical. Rorty y García Calderón». En: *Foro Jurídico* (Lima), Año III, # 6, 2006.

37 Para no dejar dudas, cito este fragmento de la conclusión: «Obviamente, estos análisis -se refiere a los de los autores seleccionados- tuvieron un trasfondo filosófico que puede llegar a entroncarse y vincularse con determinadas filosofías de la época y con las corrientes epistemológicas y de la ciencia contemporánea» (p. 165). Hacer filosofía, entre otras cosas, es desarrollar lo que aquí se concluye, a nuestro juicio, sin mérito alguno.

cierto, daremos por falsa. En todo caso, es lamentable que la empresa propia filosófica de un libro de filosofía se haya concluido sin hacerla.

Ahora bien, investigar las fuentes genuinamente filosóficas que le dan sentido al «estudio» de «filosofía y política» es una obligación. En términos de historia de las ideas, no es lo mismo el vitalismo alemán que el francés, para referirnos a la locación de las ideas, ni el voluntarismo de Nietzsche ni el de Schopenhauer o el de Wundt, para tratar de autores, ni el irracionalismo de inicios del siglo XX comparado con el del periodo de entreguerras, para referirnos a la cronología. En el texto de Castro todos estos matices se sueldan de modo que «vitalismo» se usa de manera tan extensa que ya resulta largamente no académica. Y entonces mencionar que había «vitalismo» en Haya, en Mariátegui y en Belaunde (como hace el autor) no significa nada, incluso si es cierto (como es el caso). Nada de nada. Un ejemplo: El vitalismo puede ser democrático (como el que influyó en el Grupo Norte y al APRA, y hablamos de Walt Whitman o Emerson)³⁸ o irracionalista y aristocrático (como el que era del interés de los novecentistas, y hablamos entonces de Wundt o Nietzsche)³⁹; Castro, por su parte, sólo menciona, con una insistencia ostensiblemente exagerada, a Bergson (pp. 42, 70, 88, 102, 105, 107, 113, 141, 143), de quien no cita ni frase ni libro. Bergson, por su parte, es un hombre que vivió muchos años y escribió diferentes cosas, como es indudable que Castro conoce. Lo mismo puede decirse de Georges Sorel, citado sin que obra alguna suya asome el tintero. Ni una palabra de Wundt, Emerson o Vasconcelos que, para el efecto, no existen.

Mucho es lo que sugiere la lectura del texto del profesor Augusto Castro. Una serie de detalles quedan fuera de estas líneas por el carácter excesivo que he debido acreditar para que no quede duda alguna de nuestra voluntad positiva. ¿Cómo no comentar, sin embargo, la afirmación extraña de que los autores fueron influenciados por la educación de principios «del siglo antepasado» (p. 19)⁴⁰, algo que tomamos por error de edición, pues de otro modo

38 He tratado de este asunto en general en varios textos sobre Antenor Orrego. Cfr. mi «La aurora del héroe. La filosofía política de Antenor Orrego». En: *El pensamiento y la escritura* (Lima, UNMSM); cfr. mi *Antenor Orrego: Dos ensayos de hermenéutica política*. Lima: IPPCIAL, 2005, 126 pp.

39 Cfr. al respecto García-Corrochano, Luis; *El Estado en el pensamiento en José de la Riva Agüero y Osma* (Tesis para optar por el título de Licenciado en Derecho). Lima: Universidad de Lima, 1994, 169 pp.

40 Para ese periodo la historia de las ideas políticas tiene mucho que sacar del libro de De Trazegnies, Fernando; *La idea del derecho en el Perú Republicano del siglo XIX*. Lima: PUCP, 1992, cap. II y Aljovín, op. cit. para las ideas de los grupos sociales en disputa política. Es obvio que nada tienen que hacer allí los educadores de Belaunde, ni de Mariátegui, y no digamos ya nada de los de Haya.

es disparate? No hay mayor interés para quien esto suscribe que el crecimiento de la conciencia histórica de la filosofía peruana. Pero no hay esfuerzo que pueda ser tan grande en el mundo moral que pueda justificar que se ponga en riesgo, de manera reiterada, los presupuestos más fundamentales de toda comprensión académica de un texto. El mérito del autor, haber enfocado su trabajo en la eficacia histórica del pensamiento político peruano, es ya un viento favorable para un cultivo que, por ahora, tiene su asiento en las universidades públicas, en los largos y enjundiosos (pero indispensables trabajos) que llevan a su cargo José Carlos Ballón, David Sobrevilla (desde la Universidad de Lima) y sus colaboradores, bajo el penoso expediente, muchas veces, de la penuria por la supervivencia, rival radical del pensamiento, y obstáculo inclemente del investigador sanmarquino. Esperamos con gran interés más trabajos del propio Castro. El Perú exige su propio pensarse, exige su arraigo, como todo lo que por no prosperar, se ve abismado al perecer y en la experiencia de su propio precipicio, también, a recuperarse del olvido de su propia urgencia. Está también, por cierto, la fábrica del pensamiento único, transnacional, anatópico y administrativo. Pero para su servicio, sin duda, no somos llamados los filósofos, ni tampoco quienes comentan a los filósofos.